

A Manuel Arturo Claps

Escribe CARLOS REAL DE AZUA

El Desarraigo Rioplatense

MAFUD Y EL MARTINEZESTRADISMO

NO suele ser la precisión el rasgo más notorio de las ideas de éxito y aunque un pesimista pudiera extender a todas ellas esta modesta regla, pocas, y tan superlativamente como la del "desarraigo" presentan tan vivo el contraste. Pocas están pidiendo un más urgente ajuste terminológico y aunque no sean estas observaciones el taller más adecuado para ello, a nada podré llegar (lo sospecho) si no prelude, por lo menos, la tarea.

El "desarraigo" y su antónimo positivo "arraigo" son dos características conceptos-ímagenes. Ya José Martí —dentro del pensamiento latinoamericano— usaba (y hasta abusaba) de la palabra "raíz"; una y otra vez exigía que nuestros hombres, nuestras cosas, nuestras modalidades, estuvieran "enraizadas". No creo decir nada muy novedoso si observo que estos "conceptos-ímagenes" presentan una sugestión tanto más fácil e inmediata cuanto más son difíciles de insertar y de ajustar en una determinada zona de la realidad.

En lo que a estos países atañe, desde hace bastantes años los dos términos se usaban en las polémicas literarias que han corrido por revistas y semanarios, unas polémicas que dilucidaban —o trataban de hacerlo— si el escritor debe estar inmerso en su concreta circunstancia local o si, por el contrario, todo el universo puede ofrecerle sustancias nutritivas. En 1951, Benedetti escribió un buen ensayo sobre el tema (1), seis años después y por Radio Oficial tuvo oportunidad de discutir el asunto en torno a las personas de Neruda y Borges con los dos brillantes interlocutores que fueron Angel Rama y Emir Rodríguez Monegal. Desde ese entonces acá, veinte mesas redondas del teatro independiente deben haber fatigado sin tregua el problema.

En realidad, creo que fue Simone Weil en su obra (póstuma como casi todo lo suyo) *L'encracinement* (2) la que dio la forma moderna del concepto y la que lo impulsó a su sólido éxito. El libro de la milagrosa judía, riquísimo de perspectivas y sugestiones, es desordenado y hasta fragmentario, pero Simone se preocupó por fijar inicialmente una acepción, una "norma de trabajo". Es esta: El arraigo (*encracinement*) es, puede ser, la necesidad más importante y más desconocida del alma humana. Es una de las más difíciles de definir. Un ser humano tiene una raíz por una participación real, activa y natural en la existencia de una colectividad que conserva vivos ciertos tesoros del pasado y ciertos presentimientos del porvenir. Participación natural, es decir, aportada automáticamente por el lugar, el nacimiento, la profesión, el oficio. Tiene necesidad de recibir la casi totalidad de su vida moral, intelectual, espiritual, por intermedio de los ambientes de los que naturalmente forma parte.

El ser humano, de acuerdo a ello, no se desarrolla en el vacío; ha de tener, por el contrario, marcos firmes a los que asirse, lazos, ligas, "raíces" con (y desde) las cuales realizarse cabalmente, erguirse hasta el pleno cumplimiento, hasta la plena originalidad. Y aún el término más preciso: "fructificar", nos viene de la mano si atendemos a que el antecedente de "raíz" pertenece al orden orgánico y al mundo vegetal, marcando de paso una filiación que debería explicarse. (3).

Esos lazos, esas raíces, no son difíciles de precisar. La imagen apunta a realidades de una triple naturaleza: física, social, espiritual. Enumeraré simplemente: un suelo, un marco ecológico, una realidad material, un preciso contorno de cosas con fisonomía relativamente invariable. Una colectividad, en segundo término, con vicinancias firmes, con instituciones, con una mínima efectiva "densidad". Y es el tercero: creencias, convicciones y certezas de origen supraindividual, nacidas en "objetivaciones espirituales" de las que el individuo participa en cuanto la cultura es algo más que pura subjetividad, creencias y certezas que operarán en el hombre tanto en el plano de su destino incambiable como en el de su calidad de miembro de una comunidad; esos tesoros y esos presentimientos, de la caracterización de la Weil, esa continuidad que configura una "tradicición" y nos inscribe en una serie colectiva, en una aventura humana sin solución de continuidad.

En realidad, el concepto de "desarraigo" es mucho más viejo. En realidad en el equipo brillante de los pensadores "reaccionarios" o "contrarrevolucionarios" que se escalonan desde fines del siglo XVIII hasta 1850 (Burke, De Maistre, De Bonald, Haller, Adam Müller, Donoso Cortés). Enfrentados a la Revolución y a sus consecuencias, estos críticos no dejaron de observar que las formas extremas del autonomismo individualista que el liberalismo promulgaba, habían dejado al hombre europeo en un peligroso interregno. Un hueco en el cual nada: ni instituciones, ni creencias, ni solidaridades sociales, existen ya para sostener ni para nutrir. En esa antropología tácita, que como la paloma de Kant cree obstáculo el aire que la sostiene, pensaban los contrarrevolucionarios que, en este orden, radicaba el error mayor liberal. Romanticismo mediante más tarde (y como acelerador) todo habría de parar, lo preveían, en ese vacío en el que, rotos sus vínculos con lo divino, la tierra, el prójimo y las cosas, el hombre, presunto liberado, se enfrenta con la carcama de la soledad y el sinsentido. El ideal medioevalista de que el ser humano creciera guardado por cuadros rígidos pero a la vez nutritivos, resultó proclamado entonces y corre a todo lo largo del pensamiento religioso de los últimos siglos. Tierra, Familia, Gremio e Iglesia fueron concebidas como las formas supremas de arraigo para la carne y el espíritu. Si a todo esto atendemos, no se nos puede escamotear hasta que



Martínez Estrada

punto el análisis de Erich Fromm en "Escape from Freedom" (4) coincide con algunos de estos planteos, especialmente con el de la soledad como mal del desarraigo. Y es de suponer que los que se reclaman del psicoanálisis contemporáneo o de la Weil (5), no siempre se sentirían dispuestos a acatar estas fuentes más distantes y menos afines.

El pensamiento conservador europeo iluminó así la imagen de un hombre afinado irrevocablemente en un lugar de la tierra, en una casa que contempla el paso de las generaciones, ligado a sus semejantes por vínculos personalizados y firmes, atado en la sucesión de las edades a los que se fueron y a los que vendrán, sostenido por el calor de unas creencias que lo comunican con las fuerzas universales, le dan un sentido a la vida y una perspectiva, consoladora o terrible, al destino ultra terreno de cada uno. Sobre este ideal, reflejo no del todo inexacto de las condiciones de las clases campesinas acomodadas de Europa, Maurice Barrès escribió en 1897 su resonante "Les Deracinés"; enunciando paralelamente su fórmula (y consigna) de "la terre et les morts". Un tercio de siglo más tarde retomaban lemas aún más nebulosos el fascismo y el nacional-socialismo. Pero el concepto de arraigo no es por sí limitativo, no agarrota al hombre en sus vínculos, no sostiene que no sea más que la tierra o los muertos, o su gremio, o su familia, o su Iglesia y deformación, restricción tan flagrante no fue suficiente para enterrar una idea que no es hostil al crecimiento de la persona ya que sólo se preocupa por subrayar qué apoyos este crecimiento debe (y puede) tener.

Paradójica y paralelamente, el marxismo también llegó al fenómeno con sus análisis de los efectos humanos de la Revolución Industrial (capital es el libro de Engels sobre las condiciones de la clase obrera en Inglaterra); también apuntó, entremezclado con su postulado de la "alienación" dos de los elementos principales de las futuras tesis del desarraigo. El primero fue la irreductible separación del hombre y de los productos de su trabajo, forma suprema para él, del desarraigo del individuo respecto a las cosas; fue el segundo: el papel del dinero como gran "desarraigador", en tanto el dinero reemplaza por relaciones abstractas las relaciones concretas del hombre y su contorno.

El pensamiento contrarrevolucionario había señalado con certeza la función deletérea del liberalismo sobre los vínculos preracionales de la comunidad y el marxismo así, enriqueció el diagnóstico.

Los fenómenos desarraigantes quedaron configurados ya a esta altura del siglo XIX, y lo que vendría no haría sino agregar gravedad a algunos de ellos. Limitémosnos a recor-

- ★ El Desarraigo Rioplatense. — Carlos Real de Azúa.
- ★ Biología de la Mutación. — Francisco Alberto Sáez.
- ★ ¿Argentina, Año Cero? — Juan Carlos Portantiero.
- ★ La exploración de Nuestro Cielo Austral. — Carlos Etchecopar.
- ★ La Clasificación Periódica de los Elementos. — Ing. Germán Villar.
- ★ Bergson, Pensador de Problemas. — Luis E. Gil Salguero.
- ★ Música en Buenos Aires en el año 1959. — Jorge D'Urbano.
- ★ Desarrollo y Acondicionamiento del Territorio Nacional. — C. Gómez Gavazzo.
- ★ Seis Narradores Argentinos. — Noé Jitrik.
- ★ Charles Darwin y los cien años de su revolución: un reencuentro. — Mansilla.
- ★ Entre la revolución y el mito: una época todavía ignorada. — Oscar H. Bruscherá.
- ★ Adolfo Prieto: Un tímido aporte al mito de la indiferencia argentina. — Oscar Masotta.



Maró una época.

darlos. La sociedad industrial actuó en forma capital, arrancando masas enormes de hombres de su medio campesino y concentrándolos en las horribles urbes del primitivo capitalismo fabril. La crisis de las vicinancias espirituales tradicionales enfrentó al hombre occidental con aquel caos mental que espantaba a Augusto Comte; produjo los variables resultados del escepticismo, el nihilismo, y, más tarde, el fideísmo desesperado; hizo de cada alma una mónada errante en el mundo del espíritu. La "ciudad", desde entonces, la técnica con posterioridad, tendieron un velo cada vez más impenetrable entre el ser humano y las grandes fuerzas (no sólo con la "naturaleza") del universo. El individualismo liberal burgués rompió correlativamente todos los lazos sociales no puramente contractuales y racionalizables. El capitalismo privó de su propiedad a millones de hombres y quebró por ahí su relación primaria con el contorno. La expansión de Europa más allá de sus límites llevó sobre el universo vastas masas seccionadas también de sus cuadros naturales. El orbe de las ideas y las "ideologías" plurales, variables y racionalizadas reemplazó el de las "creencias", firmes, indiscutibles, fisonomizables, asibles.

Detendré aquí la nómina porque pocos fenómenos existen en el mundo moderno que no sean, en sí, desarraigadores. Los mencionados bastan para explicar sobre qué caudal de hechos ingentes brotaron los conceptos de "arraigo" y "desarraigo" y desde qué lejanas vertientes se alimentan los síntomas actuales de la dolorosa soledad del hombre antes sí mismo, de la masificación que desde todos los ángulos lo acecha. Lo ya dicho también servirá para entender como en todo ello se invisiera esa otra angustiosa urgencia de nuestro tiempo que es la de la "comunicación" de cada hombre con los otros, las cosas y el espíritu. Tener raíces implica comunicarse; no tenerlas, el aislamiento cabal.

Sólo me queda alargar este proemio con una observación que no deja de ser curiosa. Mientras el concepto de "arraigo" nació en un pensamiento, como el tradicional, de muy limitada vigencia, parece abocado a una carrera larga y triunfal, su apa-

(Pasa a la pág. siguiente)



(Viene del a pág. anterior)

rente (y por muchas razones) antónimo de la "alienación" marxista no funciona prácticamente en ninguna instancia. No sé si me equivoco gravemente, pero salvo en la explicación del hecho religioso los mismos marxistas más ortodoxos lo dejan sospechosamente tranquilo. Con lo que el primero resultaría un pariente rico de familia pobre y el segundo un pariente pobre de familia rica. Decía que eran conceptos aparentemente antónimos. Uno, el de arraigo, respira humildad, "menesterosidad" respecto al hombre. El de "alienación" en cambio está lleno de orgullo titanesco e inabarcables ulteriores. Pero ¿es tan así? Si se precisan los resultados del desarraigo se puede atender que esos resultados son el colocar al ser humano en un mundo fundamentalmente "ajeno" y abstracto. Y colocarlo, sobre todo, en un mundo esencialmente "conmutable", un mundo en el que un marco físico, una idea o un vínculo pueden valer por otro u otros, inauténticos, adventicios, eternamente reemplazables. Sólo podemos quedar ahora en la insinuación, pero: ¿abstracción, ajenidad, conmutabilidad son tan extraños a la idea de "alienación" correctamente entendida, como en un principio parecía?

★ El desarraigo marginal

CON tales (y mínimas) precisiones sobre lo que el arraigo y desarraigo significan, es fácil entender la extraordinaria importancia que las realidades escondidas bajo el par conceptual asume en estos países. En estas zonas no-europeas que la terminología al uso llama "marginales" y de los que, nos guste o no, formamos parte. Toda nuestra historia y todo nuestro presente parece predestinarnos como rioplatenses al ya contrailuminado desarraigo.

Porque recapitemos. En la acepción

Galería Montevideo de Artes Plásticas, agradece a su distinguida clientela, amigos y artistas nacionales y extranjeros con quienes mantiene cordiales relaciones por sus colaboraciones en el año que termina y les desea a todos un buen Año Nuevo.

Montevideo, diciembre, 1959.

GALERIA MONTEVIDEO DE ARTES PLASTICAS

COLONIA 995 - Teléfono 8-71-19

del arraigo físico a un medio dado, en el sentido de un "asentamiento" las sociedades ganaderas de tipo latifundista que son la base virtualmente intocada del desarrollo rioplatense son las que ofrecen menos asidero al hombre. En los tiempos de la estancia patriarcal y de una bajísima densidad de población, el fenómeno podía no ser tan visible pero ¿qué son los priya era incapaz de adscribirlos? Con la modernización de la estancia el proceso adquirirá caracteres pavorosos y no es excesivo decir que todo el aspecto humano de nuestras urgentes reformas agrarias gira en torno a él.

El movimiento del agro a la ciudad, la creciente urbanización y, sobre todo, la industrialización acelerada de los meros "gauchos", los tipos precursores del "gauderío" y del "changador", sino desarraigados de un cuadro que último cuarto de siglo se suma en el Uruguay y en la Argentina (mucho más en esta última) al desarraigo anterior. El hecho es tan conocido que casi no vale la pena detenerse en él y tan universal, tan literalmente universal, que pocas diferencias hay entre lo que ocurre aquí, en Indonesia o en el Congo Belga a lo que ocurrió hacia 1820 con los millones de hombres, pongamos por caso, artesanos o campesinos de la "verde Inglaterra" arrastrados a las ciudades negras del alto horno y el telar mecánico.

El cinturón suburbano de Montevideo, las "villas miserias" del Gran Buenos Aires, los "cabecitas negras" que espantaban al Barrio Norte son el testimonio más visible de este macroscópico proceso de desarraigo, que ha transportado miríadas de seres humanos desde un marco rural hasta otro donde todo, vínculos, fidelidades y recuerdos han de ser reconstruidos.

A estos dos desarraigos se suma un tercero, que es el que atrajo desde más temprano la atención de los observadores. Es el de las masas inmigratorias europeas que irrumpieron al área del Plata desde la segunda mitad del siglo pasado, trayendo a sus espaldas —como tantas veces se ha recordado— la imagen de un mundo estático y tradicional, de un ritmo campesino casi litúrgico y un explosivo caudal de aspiraciones comprimidas de riquezas, éxito y plenitud. Sin vínculos iniciales con el ambiente en que se asentaban, movidos por un dinamismo puramente económico, los caudales humanos de la inmigración constituyeron el superlativo de lo que por desarraigo suele entenderse.

Decía que algunos de estos hechos, con ser característicos de lo marginal no diferían sustancialmente de otros, ocurridos en Europa.

Pero aquí una distinción vale la pena. Si en Inglaterra, como en Alemania, el tirón físico fue violento, obra (también allí) una cierta continuidad entre las ideologías, los modos de vida, las valoraciones, la cultura, en suma, de un medio y de otro. Porque "lo moderno" en una palabra, nació en Europa del debilitamiento o del agotamiento de "lo tradicional". Que la dialéctica del cambio haya sido en América absolutamente distinta, le da al desarraigo un calado, un alcance que es inevitable señalar y que despliega víctimas de un mismo fuego, las lesiones del desarraigo físico, las del desarraigo social y las del espiritual.

En el Río de la Plata, así, cada vez que se asentaron, en forma que parecía estable, las relaciones del hombre con un determinado cuadro social y mental, la agresión —no cabe otro término— de las ideologías universales las descuajó violentamente, las reemplazó sin apelación. Ocurrió esto para el indígena con el "Imperio Cristiano" que España (con un espíritu misionario de tantos mejores quilates que todo lo que después vino) impuso. Ocurrió más tarde con el "mundo criollo", heredero de aquel que lo español configuró, bajo el impacto de las categorías de la oleada mercantil, liberal y burguesa que lucha por imponerse desde Mayo hasta Caseros y se instaura después, en forma brutal y sin transiciones. Está ocurriendo hoy, de nuevo, con las formas de vida supertecnificadas que —aún antes del triunfo total de las que han de reemplazar— nos están invadiendo.

Al penetrar, en las varias instancias que lo señala, ideologías y formas de vida su efecto fue múltiple. Porque descuajaron al rioplatense de su contorno ecológico y dejaron sus creencias sin el sostén de ser auténticas "vigencias". Además, esencialmente "futuristas", como toda "ideología" es, rompieron los vínculos sociales de cualquier solidaridad y de cualquier tradición ya que implican (todas) un recomenzar la vida colectiva "ab ovo", ya que importan una abominación sin fisuras del pasado, una ruptura de cualquier

continuidad que porte signo positivo, que no sea repudiada como "remora" o como "resabio".

A propósito de las ideologías universales, conviene decir que ellas operaron y operan no sólo contra las raíces espirituales, físicas y sociales de cada hombre concreto que en estas tierras haya vivido, sino en otra dirección y en otra escala. Como después lo señalaremos, es posible que alguien hable de un "desarraigo de las instituciones", y de un "desarraigo de la literatura" rioplatense, pero si atendemos a lo que estas expresiones conllevan se nos hace claro que en cuanto al elenco humano a que han de servir, todo eso significa que son productos culturales (sean una Constitución, una novela o un modo de saludar) inasibles, inaferrables, incapaces de sostener una existencia personal firmemente enquistada. En lo que a sí mismos se refiere, cabe mejor llamar a estos productos culturales, a estas objetivaciones de "inauténticas", de no nacidas fielmente de los dictados profundos de la realidad.

El tema ha sido enormemente llevado y traído desde el siglo pasado pero me parece que es en esta zona problemática donde encuentra su justa ubicación. Muchas ineptias se dicen todos los días sobre lo autóctono y lo foráneo y todas estas voceadas tristezas tienen el singular privilegio del adinismo: cada simple que las repite cree que es él, el primero que las ha descubiertas.

La protesta contra lo foráneo, el

"autoctonismo" tiene en su deber un real desconocimiento: el carácter racional, y por ello generalizador y universal de lo que es estrictamente "ideología". Por otro lado, tiende a olvidarse de hasta qué punto los procesos de occidentalización, el de homogenización, el de urbanización, el de tecnificación (son distintos rostros de una misma realidad) han hecho comunes las condiciones del hombre.

También es cierto, sin embargo, que si toda ideología poderosa surge de un reiterado ajuste dialéctico entre el pensamiento y la realidad, fue en otros medios: los de creación (europeos) y no los de recepción (los nuestros) donde este ajuste se produjo. Recibidas hechas, por lo tanto, productos de confección con los que nos hemos de vestir, lo que marca irreductiblemente el liberalismo o el romanticismo o el nacionalismo del siglo pasado o el marxismo o el neocapitalismo o el existencialismo del nuestro no es tanto su total ajenidad a nuestra realidad como la circunstancia (menos amplia) que la respuesta de esa realidad nuestra, las posibles inflexiones que de ella hubieran podido salir en nada las haya tocado hasta estar aquellas ideologías plenamente perfiladas.

Esto es lo que importa y podemos renunciar a reproches más acerbos ya que, al fin y al cabo, formamos parte del mundo y hay en esas ideologías auténticos alcances universales, ya por importar métodos de gran validez por incorporar valores personales sociales de anchísima significación.

1960
OTRO AÑO DE CALIDAD
PARA

ARMARIOS
PARA BAÑO
PLACARDS
PARA COCINA
TABLAS
DE PLANCHAR
MESAS
PLEGADIZAS

Y DE
FELICIDAD
PARA SUS AMIGOS

A COMERCIANTES PROFESIONALES Y PUBLICO AMIGO HACE LLEGAR SUS DESEOS DE VENTURA

Establecimiento Industrial y Comercial
JAMIL ISSA
YTU 1824 ESQ. AV. ITALIA TEL. 50 02 61

Desde su visión rica pero irreflexivamente europea, Ortega y Gasset ha caracterizado como uno de los rasgos de la categoría que llama vida colonial, el contraste entre un repertorio de medios muy perfectos y un conjunto de problemas muy simples (5). Cabe preguntarse si la realidad no estará configurada, en cambio, por un conjunto de fines (y medios) muy ajenos que hacen ver los problemas muy peligrosamente y muy pre-

datoriamente, simples.

Si esto, empero, era grave, mucho más grave es la ingenuidad con que se recibieron estas ideologías; la incapacidad para detectar bajo su aparente validez general su palpable funcionalidad a unas circunstancias y a unos intereses que ellas, bajo su corteza de falsa generalidad, enmascaraban. El marxismo ha vulgarizado después esta denuncia, pero no se necesita ser marxista (Scheler lo hacía, por ejem-

plo), para ver en las "ideologías" (no en cualquier manifestación una típica "superestructura".

Nuestros fervorosos liberales creían, por ejemplo, que el librecambio comercial era un dictado del Orden natural y por ello universalmente válido, una política económica tan fecunda para Alemania como para Inglaterra, para el Uruguay como para Brasil o Argentina (y no pongo estos nombres al azar). Con pocas excepciones,

todos repitieron el tópico que, en nuestro país, podría verse orquestado por la colección entera de los Ramírez. Tan talentosos como eran, no fueron capaces de darse cuenta de que el librecambio significaba, esto es: un señuelo impuesto por el imperialismo fabril inglés, un principio que sirvió a la remora de muchas naciones, una fuerza que contribuyó a mantener sin protestas, en vastas zonas del universo, una condición colonial o mediatizada.

Al esfuerzo de querer aplicar un principio o un proyecto fuera de su quicio natural (todo lo anterior exigiría para nuestro país algunas precisiones) se le llama "utopismo". El utopismo se connota, casi naturalmente, con buena fe y aquí se nos abre una complicada problemática, que tendré que soslayar, sobre los móviles psicológicos de tales actitudes.

Como se ha observado algunas veces, algunos "utopistas" rioplatenses no eran nada ingenuos y sabían que no levantaban edificios sino puras y decorativas fachadas. Servían sus intereses y los escamoteaban detrás del mentiroso exterior. Así se ha insinuado, por caso, con la famosa "enfiteusis" de Rivadavia y muchos otros casos podrían desarrollarse. Pero lo que aquí importa es sólo ese orden de resultados que hizo que las instituciones, que las formas de cultura que estas ideologías determinaron resultaran inauténticas, que no nacieran irrepresiblemente de nuestras circunstancias, de nuestras necesidades. Podrá hablarse en esta ocasión de desarraigo; como lo acentuó antes, el término inauténticidad es más genuino. Que tuvieran consecuencias, y gravísimas, sobre el desarraigo, es natural. Las raíces (y menos los címbrios) no pueden afirmarse en la arena; la gente no puede aferrarse a telones con demasiada fuerza. Cuando, hace quince años, un grupo de amigos fundó la revista "Asir", estaba intuyendo una necesidad, y tocando una angustia, que no tiene sólo formas literarias y que viene de lo más hondo de la historia rioplatense.

★ El libro de Mafud

SOBRE tal problemática, Julio Mafud ha escrito un breve libro estimulante, premiado en un concurso de editorial "Americalea" y que esta firma distribuye estos días (6). Mafud pertenece verosíblemente a las nuevas promociones culturales argentinas y comparte con los equipos de "Contorno", "Aquí y Ahora" y otras publicaciones el afán de reevaluar agónicamente la propia realidad, la postura trascendental, el fervor malhumorado y una límpida pasión por servir.

No creo arriesgado intuir, en cambio, que Mafud, bien nutrido de lecturas modernas y nada desahogado de esas "interpretaciones" de lo nacional que pautaron el siglo XIX, carece de consistencia (libre, espontánea, natural, crecida desde lo cotidiano) con su tema y materia. Y si esto puede ser virtud en ciertas investigaciones sociológicas, es difícil que lo sea en asuntos como el presente, en los que las mezclas corren la "introspección nacional" y la propia autoconciencia; en las que tan imbricadas se ofrecen la trayectoria de la persona y la familia y la de la propia colectividad en que éstas están insertas. Sin conocer al señor Mafud, ajeno está a mi ánimo apuntarle que sea un argentino nuevo y más ajeno todavía a conocer que el tal condición se cumpliera el escritor estuviera inhibido de acometer su tarea. Señalo simplemente esta falta de comunicación entrañable con algunas zonas de la problemática del desarraigo argentino, porque creo que menos distanciado de ellas, Mafud no hubiera caído en la fe demasiado crédula a ciertas simplificaciones librecas y ennegrecidas. Es evidente, en cambio, que en los análisis del desarraigo inmigratorio y en el planteo del peronismo (sin duda los mejores pasajes del libro) la intimidad con estas realidades se hace patente en una callada que en otras partes del libro suele faltar.

Como Mafud parte para su empresa sin una elemental precisión sobre lo que el desarraigo sea, es natural, por tanto, que todas las divagaciones hagan en su libro habitación; y explicable que caiga a menudo en las confusiones que he tratado de despejar. Hablar, por ejemplo, de "desarraigo en la institución" es incurrir en lo que más arriba señalé y, a riesgo de repetirme, sostengo que hablar de ambientes físicos e institucionales "arraigados" ellos mismos, es un puro solcismo, una ilegítima distensión de términos.

(Pasa a la pág. siguiente)



Contentos y bien Alimentados

Con el apetito de los que saben que el alto valor alimenticio de sus productos porcinos preferidos está respaldado por el prestigio de un nombre que significa:

45 Años de Honradez Industrial como Lema

Ottonele's Hnos. S.A

GARANTIA DE CALIDAD

Avda. General Flores 3715 Tel. 25492



(Viene del a pág. anterior)
 Con el "desarraigo en la literatura", Mafud incurre en confusiones más transitadas. Erigiéndose sobre el mismo olvido que tener "raíces el hombre" (y entre ellas en las propias objetivaciones culturales) y ser "auténticas", tener vínculos con la realidad las instituciones o la literatura no son cuestiones homogéneas, Mafud se instala elamorosamente en el error cuando supone que una literatura es puro reflejo de la materia circunstante y cuando denuncia que de los escritores argentinos ninguno remueve el estiercol de la realidad. No hincan sus codos en la mierda si se excusa el vulgarismo impresionista. Como lo dilucidaba hace un par de años (en el ya citado debate con Rama y Rodríguez Monegal) es peligroso olvidar que en el escritor o el pensador las raíces pueden estar tan firmes en una zona problemática espiritual ávidamente vivida como en el propio suelo material. Desconocer que hay un "mundo" en cada escritor no formado necesariamente con las inflexiones más urgentes de la realidad cornórea y que es éste el verdaderamente incanieable y nutricio; olvidar el carácter universal de los "estilos"; prescindir de la relativa latitud con que la materia temática penetra en cada obra sanamente construída, es escamotear el sujeto de todo lo que se está hablando; esto es: la propia "literatura". Puede y debe aceptarse que si el escritor (caso de un Borges) exagera la latitud de su temática; cuida en exceso la aséptica universalidad de su instrumento y —por designio o fatuidad— adelgaza en exceso sus vínculos con la circunstancia, todo esto seague en términos de comunicación. Pero una cosa es esta concesión y muy otras las reclamaciones de Mafud, superponiendo la autenticidad documental de una literatura cuyo destino es servir de suelo y el "arraigo" del hombre que en él puede hincar sus raíces.

★ Un estilo del pensar

MAFUD ha tomado el tema del "arraigo" en su versión última, sin conciencia aparente de los avatares que antes ha tenido y es lógico que se reclame de Fromm y Simone Weil como fuentes principales. Cabría, sin embargo decir que estos autores son sólo las pinzas con que maneja una realidad argentina (rioplatense para nosotros) que se le impone y se le desborda y que esta realidad, esta visión, responden totalmente a la revelación de Ezequiel Martínez Estrada. Que Martínez Estrada haya tenido influencia sobre la última generación argentina, que haya sido el más respetado por los "parricidas" de los escritores del 20 era cosa sabida, pero pocas veces los modos mentales, el lenguaje y hasta las manías de un escritor han sido tal fielmente reiterados en otro como los del autor de "La Cabeza de Goliat" en los del autor de "El desarraigo argentino".
 Diré desde ya, sin ambigüedad, que esto me parece una lástima. Y no porque el Martínez Estrada de sus libros fundamentales no me parezca importantísimo sino porque en el Martínez Estrada de los últimos años y las últimas obras hay una pendiente delirante, seductora y fácil, a tal exageración de los propios y ya arraigados defectos que, su simple roce, basta para anular en un discípulo, toda imprescindible cordura. En lo que me toca lo seguí con devoción hasta su enloquecido aunque a ratos penetrante "¿Qué es esto?" Con ese libro, en el que con dos páginas de diferencia (231 y 233) por ejemplo, se dice que Perón no era orador y que era un extraordinario orador terminó mi relación con este veterano de la agorería que tan mal administra sus relevantes servicios a la comprensión argentina y habla hoy de cualquier tema con voz trascendental y cavernosa.
 Mafud ha heredado de Martínez Es-

trada la misma inocencia paradisiaca de todas las cautelas del pensamiento racional, el mismo impulso sin reticencias a la generalización, el mismo desprecio a las contradicciones, el mismo tono profético y tremendista, desmedido y sin humor. Maneja sus autoridades y fuentes: los "viajeros ingleses" Hudson, Mansilla, Sarmiento, Ortega y Keyserling. Tiene el mismo gusto que su maestro por las citas probatorias que nada tienen que ver con lo que se afirma (8). Gusta de los mismos injertos filosofantes en los temas más concretos y así hablando del cuchillo, por caso, discurre: Desde el cabo a la punta la inteligencia está excluida. El visteo o la finta son dos manifestaciones instintivas. Casi orgánicas. El visteo pertenece al ojo. La finta, a la mano. Filosóficamente, su ubicación zizaguea más dentro de la filosofía irracional kierkegaardiana que dentro de la filosofía abstracta del racionalismo. Su experiencia, al igual que la muerte en Kierkegaard, es intransferible, etc.

Como decía Aníbal Poncé, comentando un libro de la señora Ocampo, nos vamos a "Facundo" o "Los Ranceles" como quien se acerca a una ventana abierta.

Pero, más allá de estas afinidades de estilo y andadura, Mafud profesa puntualmente esas que cabe denominar las "claves" de la interpretación martinezestradiana de la Argentina.

Podríamos llamar a la primera el "énfasis criptográfico". Cumple la función del acerijo en la novela policial pero, como en las malas novelas policiales, ni es bastante interesante, ni se nos la reserva bastante o no es demasiado difícil de baruntar. Ignorante, al parecer, a todo lo que contemporánea o posteriormente a su obra, del pasado argentino se ha investigado, crec, presumiblemente, que la única versión histórica del país es la que difunden "La Nación" y "La Prensa", las notas de Adolfo Mitre o los ensayos de Carlos Alberto Erró. Y entonces, como Martínez Estrada rastrea en sus autoridades (en realidad no hay que cavar mucho) unos ingredientes de desquicio y fraude, de violencia y codicia (eso sí, cuidándose de no imputarlos a sector o clase determinadas) es claro que de ese modo, con-

trastados con aquella antítesis, sus logros le resulten hallazgos de criptografía y todos los aspavientos de una "versión secreta" resultan así cohonestados. Dice Mafud filiándose en la demasia: En lo sucesivo, temas tabúes saturaron los escritos políticos e históricos. Se habló de lo que se quería ser; no de lo que se era. La soberanía nacional, la tradición nacional, el futuro nacional formaron parte integrante y parasitaria del lenguaje oficial. La vida argentina giró en torno de lo que no se quería decir. Y un cúmulo de alusiones vedaron el uso de palabras y alusiones directas.

A la segunda clave puede dársele un título muy pedante: "la especificación de lo genérico". O si se prefiere: la localización de lo general. Recordándose las generalizaciones iniciales sobre el desarraigo, se comprenderá que aquí Mafud puede caer más que su propio "duca, signore e maestro" en considerar argentinos algunos fenómenos universalísimos. Pongo como ejemplo sus afirmaciones sobre la ausencia del paisaje en la literatura argentina. Al margen de que sean ciertas, que es otro cantar, Camus sostenía hace poco que es una ausencia general de toda la literatura moderna (9) Pongo como ejemplo, bastante afín, el de un individualismo antisocial patente en la narrativa argentina: con alguna excepción es también una línea significativa de toda la literatura universal. Pongo como ejemplo, por último, uno de los mejores análisis del libro de Mafud: el de la psicología del inmigrante y su falta de relación entrañable con el medio en que su dinamismo actúa. Con los estudios norteamericanos sobre el "melting pot", desde el siglo XIX hasta el libro capital de Adamic, el hecho, también, cobra una ubicuidad que hace ilusa cualquier localización.

De la clave que llamaría tercera: la de los "invariantes" ya que me he ocupado alguna vez y daría para mucho. Consiste en fijar en el fondo del fluir de los tiempos ciertos ingredientes estables que no son, sin embargo, los de la naturaleza humana (de que hablaría un antihistoricismo tradicional) o las de la "condición humana" o las "estructuras de la vida humana" (como se diría posteriormente). Estos "invariantes" son de naturaleza estrictamente

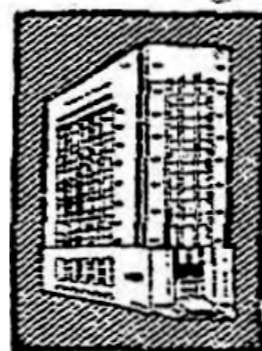


tamente histórica, ya que aparecen traídos por el tiempo los que Martínez Estrada considera tales: lo "indio", lo "hispanico", lo "gauchesco" y lo "aluvia" (para usar la gráfica expresión de José Luis Romero). Ingenua de toda ingenuidad resulta, en términos de metodología histórica, este historicismo, que se supera a sí mismo sin saberse cómo o mejor dicho, manteniéndose en la corriente circulatoria del tiempo, tal a coágulos sin disolver, estas conformaciones que la historia aportó y que ella misma tendría que trasfudir, que verter en formas nuevas. Para Martínez Estrada y para Mafud el indio primigenio, el inquisidor, el encomendero, el gaucho malo y el inmigrante ávido (nada de lo bueno de ningún aporte) están dentro de cada uno de nosotros, dictándonoslo todo, bajo nuestras apariencias ciudadanas. La tesis no es cosa seria y aunque tiene a su favor una cita de Sarmiento no hay que olvidar que citas de Sarmiento hay para todo. Los posos complejísticos del substrato psicológico colectivo no se sedimentan así en esta forma tan simétrica, intachable y secante. Mafud, sin embargo, persiste: La historia es



HAY UNA POLIZA PARA CADA POSIBILIDAD

BANCO



DE SEGUROS DEL ESTADO

CASA CENTRAL: Avda. Agraciada y Mercedes - Montevideo. Agencias y Sucursales en toda la Republica.



ESTABLECIMIENTO GRAFICO
 FABRICA DE LIBROS COMERCIALES
 ARTICULOS DE ESCRITORIO
 LIBROS DE NOJAS MOVIBLES

Julio Bolognini

Cerro 433 Montevideo Teléfono 42328

petía. Pero con cambios de persona-
las. Todos los que confiaron en que el
telégrafo y el ferrocarril serían la so-
lución de la barbarie, después com-
prendieron su error. A lo sumo, el te-
légrafo y el ferrocarril eran elementos
de camuflaje y no de superación. El
gaucho y el indio comenzaban a habi-
tar en el inconsciente y sacaron carta
de ciudadanía en su nueva República.

El cuarto rasgo en que Mafud y
Martínez Estrada comulgan es la ya
insinuada "magnificación de lo atípico".
Desde el "Sarmiento" y "Muerte y
resurrección de Martín Fierro" y re-
iteradamente en la obra estradiana.
Cada atisbo, valioso muchas veces, de
la realidad argentina, es llevado a ex-
tremos delirantes de extensión, sufre
la impronta de una especie de razo-
namiento canceriforme. Puesto, en pu-
ridad, en otra escala, todo lo que
era cierto en un caso concreto, en una
situación particular se convierte en ley,
en característica de toda una reali-
dad. En el primero de los libros cita-
dos, y sobre el caso del final de Sar-
miento, sostiene el autor que toda la
cultura argentina es cultura de desterrados;
en el segundo de ellos, sobre
el ejemplo del hijo de Fierro, sostiene
que toda la sociedad argentina es y ha
sido una cárcel. Esta demasia tampoco
es ajena a Mafud, que le imprime una
modalidad que detallaré enseguida.
Pero, como para despuntar el vicio ge-
neralizador, sostiene por ejemplo, en
base a siete casos (seis de ellos nada
convincientes) que las obras más au-
ténticas de la literatura argentina son
biografías.

Con alguno de los procedimientos
anteditos: la magnificación de lo atípico
y la generalización desahogada de
un material empírico limitado, Mafud
construye "tipos-ideales" extremos: el
conquistador, el misionero y el emi-
grante (excelente este último) pero una
vez en posesión de ellos, lejos de ma-
nejarlos con la cautela imprescindible
que exigen estos "tipos-ideales" (cuya
coincidencia con la realidad siempre
se sabe problemática), se arrojan los
lanza a imperar sin contrapeso. Y los
resultados, como es natural, son pre-
visibles. Cuando leemos que en el in-
migrante La ajénidad fue su caracte-
rística principal. Dueño de la casa de

cinc o de madera, del negocio o de la
casa céntrica, de la chacra o de la
colonia, en el fondo se consideraba un
inquilino (...). Cada colectividad era
un círculo hermético. Un país en beli-
gerancia. En las grandes conmemora-
ciones nacionales, ponían la bandera
natal en la puerta para delimitar a
los dos países. Las puertas de calle
eran las fronteras limítrofes, etc. se
nos ocurre inevitablemente que la reali-
dad es entidad menos incontroverti-
da, menos pura, más jaqueada por
fuerzas antagónicas. Cuando leemos
resurrección de Martín Fierro" ocurre
sus desarrollos sobre el desarraigo del
indio y reencuentramos ciertos postu-
lados de la "Leyenda Negra" y en ba-
se a una cita de Sarmiento y a un
ejemplo de Hernán Cortés, dilucidado
el tema, controvertido por siglos, de las
Misiones Jesuíticas, se nos ocurre que
Mafud ignora cuidadosamente los fe-
nómenos universales de la transcul-
turación y en toda esta materia más de
la cuenta, algunas perspectivas Pongo
por caso los juicios de Toynbee sobre
la sabiduría con que los jesuitas su-
pieron transmitir la religión cristiana sin
desarraigar a los indígenas de sus
marcos psicológicos y sociales y aun-
que estos juicios fueron suscitados por
la obra misionera jesuítica en Asia, es
obvio que sus observaciones, por en-
juiciar una táctica mundial, tienen al-
guna relevancia en el caso de las mi-
siones americanas. En su prisa ge-
neralizadora Mafud olvida también que
el indígena rioplatense no formaba par-
te de una cultura sólida y completa
como la incaica, con la que hubieran
procedido mejor que con la guaraní
algunas de las consideraciones que teje.

En pocos pasajes se percibe mejor
esta soberbia generalizadora y este
maltrato de la humilde realidad que en
su capítulo sobre "el desarraigo en la
literatura". Las afirmaciones que con-
tiene: no hay realidad, no hay natura-
leza, no hay mujer, no hay sociedad
en la literatura argentina están deduci-
das de un caudal examinado angos-
tísimo, con el que de paso pierde de
vista que una pequeña literatura his-
panoamericana no puede tener dema-
siados arquetipos y en el que saltea,
cuando no conviene a su tesis, hechos

evidentes. Porque ¿falta en forma tan
perceptible el paisaje argentino en Ma-
fud, en Lugones, en Mastronardi, en
todo el grupo de escritores regionales
cuya contribución a la visión argen-
tina analizaba no hace mucho Luis Emi-
lio Soto? (10).

Pero me aparto en tren polémico de
lo que pretendía examinar: un estilo
del pensar dotado correlativamente
con un extraño don para la invención
de verbos (11) y con una evidente ap-
titud para ese estudio por reducción
fenomenológica (en su caso la es-
puela, el cuchillo y el caballo) que
está produciendo por estas latitudes
"filosofías", "metafísicas" y "sociolo-
gías" de los más inesperados objetos.

★ El culto de la ambigüedad

JORGE Abelardo Ramos examinó no
hace mucho tiempo y en un pene-
trante libelo (12) la fundamental am-
bigüedad política de todas las tesis ca-
pítales de Martínez Estrada. Allí mos-
traba como ante todas las disyuntivas
que agrupan en dos vertientes casi
irreconciliables el juicio sobre el pas-
ado histórico argentino y su sentido la
posición del autor de "Muerte y Resur-
rección de Martín Fierro" es tan equí-
voca, que no se vislumbra nunca el
último, el comprometido trasluz de su
pensamiento.

Porque la realidad es, y la enu-
meración no resulta imaginaria, que así
enseñada que leemos en el alóan tre-
mendo dictorio contra la falsificación
institucional posterior a Caseros, sobre
la extraneidad mental de la oligarquía o
sobre la voracidad de los imperialis-
mos: casi enseñada, reiteramos, nos
topamos en él con una versión apenas
disfrazada de las tesis mitristas sobre
la "barbarie del gaucho" y las bon-
dades de lo europeo, sobre la irreme-
diable inferioridad de lo argentino y
sobre el inevitable papel rector de las
"minorías iluminadas". El exasperado
andino dispora tan sin ton ni son que
termina por no saberse contra quién
combate ni por cuál brega.

El libro de Mafud, fue también en
esto a su guía, reitera la ambigüedad.
Si estudia el "desarraigo gaucho" y
no lo hace mal, no tiene tiempo de
decir una palabra — y el desarraigo no
es corto— para la empresa moderni-
zadora del mercantilismo "civilizado"
cumplida a sangre y fuego por Mitre
y por Sarmiento. Esa empresa cuyo
superlativo no es el brutal asesinato
del "Chacho", sino el arrasamiento del
Paraguay tramado desde la sombra por
aquel encolado e invidioso mediocre
que fue Bartolomé Mitre. Para Ma-
fud, Rivadavia y Sarmiento eran de
los mejores hombres (nág. 57) y
en este libro dedicado al desarraigo
era que una sola vez se pronuncia la
palabra "imperialismo". Su ignorancia
basilar sobre el real funcionamiento
de los fenómenos político-sociales es
tal que en una oportunidad afirma: La
sociedad argentina posee un solo ideal:
el ideal del hombre político. El ha-
bitante argentino permanece incorpo-
rado a una vida marginal, sin ubica-
ción ni proyección (...). Por eso no
influye ni gravita. Está, nada más. El
Estado o el Partido actúan por él. La
Política argentina constituye el único
medio viable, o casi el único, para lle-
gar a las altas funciones. No puede ne-
garse que con este casi en el que en-
tran el noventa por ciento de los me-
dios para llegar, la frase es casi exacta.

Los resultados de su tremendismo
martínezestradiano basado en ejemplos
y autoridades del optimismo progresis-
ta resultan, en ocasiones, muy poco
convergentes Sarmiento, que eligió el
libro y la cultura en oposición al cu-
chillo y a las vacas, no tuvo otra al-
ternativa que proponer la desoari-
ción del gaucho. Totalmente ignorante
de que hayan existido formas estables
de vida criolla, Mafud toma al gaucho
en el trance de su desarraigo y crisis
definitiva bajo el fuego de la moder-
nización. Es la que refleja, en suma, el
"Martín Fierro", dignificado para él,
sin duda, por las posibilidades cripto-
gráficas que EME le halló.

De su formación mitrista y mar-
tínezestradiana, Mafud profesa a los
caudillos argentinos una heroico ani-
madversión que se hace clave de su
diagnóstico de "el desarraigo institu-
cional" y de "el desarraigo en la política".
Sin entrar en mayores explicaciones,
ambos fenómenos (en realidad uno mis-
mo) son para él resultado de la falta
de consistencia (o de textura) social.
También responden, en su opinión, al
valor del principio "personalista" que
estableció entre las masas argentinas y
ciertas personalidades preeminentes
vínculos de devoción y de entusiasmo
que engranan en la relación carismáti-
ca del caudillaje. En ningún momento
parece ocurrírsele a Mafud que la falta
de "asibilidad" de las instituciones por
parte del hombre y su resultado el
desarraigo social es el fruto de un esta-
tus semicolonial y de la falta de inau-
tenticidad de esas mismas instituciones.
En ningún momento, tampoco pa-
rece ocurrírsele que justamente la



MARTÍ

devoción a los caudillos importó una
reacción instintiva hacia el arraigo en
una realidad —cordial, humana— que
las instituciones despersonalizadas no
ofrecían. En ningún momento, por fin,
parece ocurrírsele que si estos caudi-
llos representaron algo indiscutible en
la vida rioplatense fue porque pugna-
ron por arraigar nuestras masas hu-
manas de alguna manera o lucharon
contra formas inminentes de desarrai-
go. Mafud odia a Rosas como buen
mitrista y aborrece a Irigoyen como
discípulo de Martínez Estrada. No ha
pensado, por ello, que entre las razo-
nes que hicieron la fuerza de ambos,
lució la lucha del primero (no siem-
pre inequívoca) contra el desarraigo
del criollo bajo el impacto del capi-
talismo mercantil. Y en cuanto a Iri-
goyen ¿cómo puede olvidar Mafud
que lo más hondo del radicalismo se
movió en la doble empresa de arrai-
gar, argentinizando, la enorme masa
inmigratoria a medias nacionalizada y
salvar el criollaje, lastreado por el "ré-
gimen", de la nueva ola promotora del
desarraigo, el capitalismo monopolista
de nuestro siglo?

Algo semejante, que no tengo tiem-
po de examinar, se dio en el caso de
Perón. Pero para examinar todos es-
tos fenómenos, para prolongarlos en
los riesgosos puntos suspensivos que
en el aire han dejado, Mafud habría
necesitado (para nombrar sólo a ver-
nos y coetáneos) algo del rigor de Gi-
no Germani y de la temprana madu-
rez de Tullio Halperín O. por lo me-
nos, no haber sido discípulo de Mar-
tínez Estrada.

★ El pavimento del
Infierno o Libertad S. A.

EL despliegue histórico de las for-
mas del desarraigo culmina para
Mafud en los fenómenos político-so-
ciales cuyo auge coincidió con el pe-
ronismo (y en parte fue alentado por
él). Son los fenómenos, también uni-
versales, de la centralización estática
y el burocratismo, la politización ex-
pansiva de todos los órdenes de la vi-
da y la masificación de las multitudes.
Fueron los modos coercitivos de la
propaganda y las presiones sociales
homogenizadoras del pensamiento, la
conducta y el estilo de vida.

Este horrible despliegue, sin duda in-
timidante, podía ser dejado, en calidad
de colofón, como cierre de un libro
desgarrado, sincero, sombrío. Pero
Mafud, a diferencia de su maestro,
ha querido escribir un libro no total-
mente desesperado, un libro en el que
alguna solución "constructiva" (como
suele decirse) alivie catárticamente la
oscuridad del trayecto. Tiene esperan-
zas y es justo que las vierta.

Pero engranar esperanzas con un
cuadro como el suyo no es fácil. Ha-
cerlas verosímiles, convincentes, me-
nos. Diré entonces que Mafud ha ele-
gido la vía menos persuasiva para su
"happy end" y diré por qué.

La centralización, la masificación, la
politización de la vida son fenómenos
de tal magnitud, de tal ubicuidad, de
tal resistencia al mordiente de ideales
e ideologías, que la empresa histórica
de su neutralización exige ineluctable-
mente (Pasa a la pág. siguiente)

Una nueva orientación
en cerramientos
exteriores,
aluminio anodizado



EXPOSICION PARA PROFESIONALES
DE
LUZ Y
FORMA



(Viene del a pág. anterior)

mente toda una concepción del pasado y del futuro del hombre, una técnica y una filosofía. Una labor de tan impresionante calado poco tiene que ver con un ingenuo contraste entre el blanco y el negro, con un contraponer lo que se combate con los postulados abstractos de un "plan de reforma".

Meditados serios arbitrios en una zona marginal del universo, como lo es el Río de la Plata, también exigen una cuidadosa discriminación entre hasta qué punto son fenómenos viciosos, hasta qué punto atentatorios de las mejores calidades del hombre y hasta qué punto responden a necesidades. A necesidades impostergables de coordinación, reivindicación y defensa en colectividades menesterosas, víctimas por siglos de la codicia universal, rondadas ahora y antes por todos los demonios de la malicia sueltos por la Historia.

Cuando, en la página 135, Mafud pasa del análisis espectral al programa político y afirma. Es urgente la innovación institucional. Hay que ir hacia una gran confederación de organismos federativos que reemplace al Estado moderno. Hay que volar la matriz de nuestros males: el Estado, institución que ha succionado con voracidad todas nuestras libertades, sabemos ya que nada de aquello se cumplirá. Mafud es anarquista, de un anarquismo culto y pulido al estilo de Herbert Read y del rosarino Juan Lazarte, su mentor. Este trecho de la obra para el que su incubo habitual no le brindaba sugerencias.

A la distancia, su solución no deja de parecer razonable. Rotas todas las ligas del arraigo tradicional, el prospecto de una sociedad viva, diversificada y autorregulada, ofrece los cuadros necesarios de lo federal, de lo comunal, de lo regional, de lo gremial para que el hombre reconstruya en ellos sus raíces; para que nuevas fidelidades y nuevas integraciones reemplacen a las que la historia se llevó. No es meditación ociosa aquella sobre una praxis social que planea nuevos marcos de vida para las necesidades biológicas sociales y espirituales del hombre moderno. La exigencia de un religamiento con la comunidad por el servicio y el amor; la de una comunicación con las raíces del Universo y con la Naturaleza concreta; las de una enriquecida experiencia integradora, no son cuestiones menores y dignifican cualquier error.

Pero como anarquista de cierto tipo que es, el autor tiene una visión normativista, uerónica y utópica de estas necesidades, y como Julio Mafud ignora en sus soluciones, como lo ha ignorado a través de todo su libro, la peligrosa equivocación de cualquier afirmación mal desinfectada. Si para el autor el Poder (nág. 113) es atributo de potencia material éticamente negativo (así se deduce) es lógico que desee la desaparición o el desmantelamiento del Estado. Pero ¿qué otra cosa desean los Rolas, los Alsogaray, los tiburones de la "libre iniciativa" a un lado y otro del Plata? Mafud puede contestar que es con otros fines que los del "Zar de la Economía" que desea aquella total aniquilación que es a otros titulares que a los "hombres de empresa" y a las "fuerzas vivas" que aspira a que le sea entregada la "libre-iniciativa" social.

Por éstas, y muchas razones, es inevitable concluir que, con o sin distinguos, la solución de Mafud se filia en la insanable equivocación de los remedios postulados por la izquierda rioplatense tradicional de inspiración y visión europeas. Con o sin estos distinguos, los postulados del libro prueban que esta izquierda que en lo histórico invoca a Mitre, en lo presente pavimenta el camino de la entrega total. Y arréñese que dentro de la variante anárquica esta izquierda, además, signe sin barruntar que el uso del Poder, más férreo, más concentrado y más politizado es (seerivamente) el instrumento al que habrá de recurrirse —ahora por encima de izquierdas y derechas— cuando se emprenda en serio, en estas latitudes, la tarea de emancipación y engrandecimiento de nuestros pueblos.

NOTAS

- (1) "Arraigo y evasión en la literatura hispanoamericana contemporánea", en "Marcel Proust y otros ensayos" (Montevideo, 1951).
- (2) "Raíces del existir", en español.
- (3) El vitalismo romántico, de donde provienen también, como lo observa Lina Enrraigo en su "Me-

- nández y Pelayo", las implicaciones biológicas del tema de "la personalidad de los pueblos" y la imagen vegetal del árbol con que suele representársela.
- (4) "El miedo a la libertad", editado en la Argentina.
- (5) Por ej., Mafud, pág. 9.
- (6) En "Meditación del pueblo joven", pág. 71.
- (7) Julio Mafud: "El desarraigo argentino", Buenos Aires, "América"

- cales", 1959, 160 págs.
- (8) Por ej., las citas de Hernández tomadas del "Martín Fierro" y la carta a Miguena (no Migués) (pág. 45), con la afirmación de la pág. 44 "in fine".
- (9) Albert Camus "Verano" (Buenos Aires, 1957) pág. 40.
- (10) "Región y querencia en la poesía argentina" en "Comentario", N° 17.
- (11) Esta es la sorprendente Naza (ca-

- el completa): vivenciar, artonedizar, clandestinear, culietear (alodisciplinar, faustificar, esquematizar, esencializar, maletear, barometrar, concienciar, pistoletear, volcancizar, umbilicar, periferear, desmaillar, vigenclar, cosmovisionar, astronozimar, piramidizar, trampollear, impuestizar y marginalizar.
- (12) "Crisis y resurrección de la literatura argentina" (Buenos Aires, 1954).



Cuando el año nuevo extienda
su manto de esperanza
sobre campos y ciudades, comenzarán
los sueños de la nueva etapa.
Muchos de ellos cristalizarán con la
construcción de viviendas, caminos y fábricas, que
significarán bienestar y fuentes de trabajo.
Al hacer votos por la concreción
de esos sueños, ponemos para una mejor
realización de los mismos la
reconocida calidad de nuestros productos.

COMPANIA URUGUAYA DE CEMENTO PORTLAND

Fabricante de los cementos "ARTIGAS" e "INCOR"
Zobala 1338 piso 3° Tel. 8 04 44 - Montevideo